

LA COMPLEJIDAD EN LOS MODELOS ACTUALES DE FAMILIAS

Alicia Monserrat y Silvia Pugliese

Introducción

Es nuestra intención compartir algunas reflexiones elaboradas a partir de consultas y tratamientos familiares en los que abundan realidades distintas de lo que consideramos el formato tradicional de la familia, en referencia a la familia tradicional, de matrimonios casados en primeras nupcias, con dos o tres hijos. Las transformaciones parentales, que han superado ese modelo, implican reconocer el impacto “como la bala lanzada al blanco”, (J. Corominas, 1983), sobre las nuevas maneras de pensar y vivir la alteridad en los márgenes de los lazos de parentesco, filiación y consaguinidad. Nos proponemos también mantener un enfoque a distancia de estos temas múltiples, en base a una línea conceptual que procure no reducir lo que se conoce a lo conocido, para no caer en la utopía o en la nostalgia.

Etimológicamente, el vocablo familia viene de famulus, «servidor», con una connotación económica que indicaba, en Roma, la cantidad de famuli, esclavos vinculados a la casa principal y, más adelante, todos los que viven bajo el mismo techo y bajo la autoridad del pater familias y, por lo tanto, ligados a él.

Curiosamente desde la época preincaica, en la zona andina, con el vocablo quecha “ayllu” se denomina a una forma de comunidad familiar ligadas por vínculos de sangre, si bien podían adoptar a miembros no relacionados. El “ayllu” incluye el hábitat que corresponde a la familia, conformando un núcleo de producción económica y de distribución de los bienes de consumo.

Si bien, actualmente cuando se habla de familia surge la idea de la familia nuclear, “padre, madre, hijos”, la realidad es que hoy vemos familias monoparentales, ensambladas, adoptivas, homosexuales y heterosexuales, unidas en matrimonio o convivientes; así como reproducciones asistidas, alquileres de

vientre, clonación y adopción. En cada una de ellas se desempeñan de manera diversa una multiplicidad de roles y funciones. “Ninguna de estas formas de familia es nueva, pero la simultaneidad de alternativas, socialmente aceptadas, singulariza la vida familiar de las sociedades de occidente de fines del siglo XX y principios del siglo XXI” (Coontz, 2004).

Lévi-Strauss en 1956 sostenía que la vida familiar está presente en casi todas las sociedades humanas, independientemente de sus costumbres. Ese carácter de fenómeno universal de la familia, que supone por un lado una alianza (matrimonio) y por otro una filiación (los hijos), radica entonces en la unión de un hombre y una mujer, es decir, un matrimonio heterosexual.

A lo largo de la historia se distinguen tres grandes períodos que marcan la evolución de las familias, el primero se da con la llamada familia “tradicional”, donde la principal característica de esta era el arreglo entre los matrimonios sin tener en cuenta los sentimientos, para asegurar la transmisión del patrimonio. El segundo período, la familia “moderna”, la que surge entre finales del Siglo XVIII y mediados del Siglo XX; donde comienza a tener valor el matrimonio por sentimientos mutuos, así como también la división del trabajo dentro del matrimonio y la atribución de autoridad entre el Estado y los padres, y de entre los padres. En tercer y último lugar, la familia “postmoderna”, la que surge luego de la década de 1960. En esta se da la unión entre dos personas por un período relativo. La atribución de la autoridad comienza a presentar dificultades que se corresponden con el aumento de los divorcios, las separaciones y las recomposiciones conyugales. (Roudinesco, E. 2005, p.19). En este tercer período la familia deja de ser vista como la familia autoritaria o la familia triunfal de los otros períodos, para pasar a ser la familia mutilada. (Roudinesco, E. 2005, p.20).

Permanencia y metamorfosis del espacio familiar

Hemos visto como la institución familiar persiste y se va haciendo, sus formas pueden cambiar, metamorfosearse pero en tanto institución se mantiene. Las diferentes relaciones y roles son una expresión fenoménica de lo que se juega en cada cultura en un momento determinado de la historia. Pero a pesar de las diferentes formas que va tomando, sigue subsistiendo a lo largo de los siglos. Roudinesco recuerda que “la familia es el único valor seguro al cual nadie ni quiere ni puede renunciar. Los hombres, las mujeres y los niños de todas las edades, todas las orientaciones sexuales y todas las condiciones la aman, la sueñan y la desean” y en esa línea, concluye que una vez más se reinventará. (Roudinesco, E. 2005, p.213).

Lebovici (2004) introduce el término parentalidad y lo definía como una conjunción del parentesco biológico y la parentalización, cuyo proceso comienza en el embarazo y el deseo de tener un hijo. De este modo diferencia el proceso biológico de la parentalización, en tanto acción por la que el hijo paternaliza a los padres, ligada a la transmisión intergeneracional. El involucramiento con los hijos permite que promueva su desarrollo físico, emocional, intelectual y social hasta la adultez.

En esta línea J. Mc Dougall (citada por Rotemberg y Agrest, 2007) considera que: “Lo más importante no es lo homoparental o lo heteroparental, sino la capacidad de ser padre. Eso es lo que cuenta, la capacidad de amar al niño, de educarlo para que pueda devenir sujeto. Que este sujeto sea viviente, activo, dinámico, que ame la libertad y desarrolle la sexualidad. Padres que se puedan identificar al hijo en sus deseos y en sus necesidades y que deseen abrirlo al mundo y a su necesidad. Que sean homo o hetero no tiene ninguna importancia”.

Cuando hablamos de nuevas formas de familia, no podemos dejar de lado la incidencia que están teniendo determinados cambios socio-económicos, científicos y culturales en la dinámica familiar. También en todo lo relativo a la crianza de los hijos con las modificaciones legales consiguientes. Se ha pasado de una familia nuclear fusional tradicional a una familia postpatriarcal ligada a valores postmodernos, inmersos en la sociedad del bienestar y del consumo.

Anteriormente las normativas legales no contemplaban en su definición de familia a los que vivían solos y a las parejas no casadas, pero se ha hecho necesario elaborar nuevos conceptos, como el de “unión de convivencia” o “formas de vida familiar”. Los vínculos familiares se organizan alrededor de un mayor compromiso emocional, la elección de pareja se ha convertido en una opción vital, y son la sexualidad y el amor, los recursos contemporáneos aptos para cimentar y dar sentido a las alianzas conyugales; y por eso hace su aparición la familia ensamblada, surgida del fenómeno en aumento de separaciones y divorcios, de nuevos matrimonios con hijos de anteriores y actuales parejas, de personas solas con hijos, etcétera.

Entendemos que la familia cumple funciones de sostén, de placenta extrauterina y de socialización. Es transmisora de pautas sociales, donde se juega la dramática de la constitución del sujeto deseante. Lo que distingue a la familia nuclear de otro tipo de familias es, más que el número de integrantes, un aspecto subjetivo o intersubjetivo, y que se caracteriza por un sentido especial de solidaridad, que separa la unidad doméstica de la comunidad que la rodea. La domesticidad surgió sobre la base de la creencia en la necesidad de un ambiente protegido para la crianza. Alrededor de un nacimiento habrá un vínculo que liga al niño y un entorno propicio para anidar al incipiente ser humano.

Este espacio es condición invariable para el sujeto, pero en la actualidad supone la organización de lugares móviles; nunca la familia fue “natural” pero cada vez lo parece menos, cada vez se hará más necesario un nexo para construir el discernimiento de las relaciones entre lo genético, lo biológico y “lo natural” y por el otro lado lo social, lo simbólico, “lo cultural”, atravesados por representaciones de parentalidades y filiaciones imposibles de negar con los avances de la comunidad científica (J. Derrida, 2004), como vamos viendo en nuestras consultas.

Al armar el puzzle de la heterogeneidad en estas organizaciones familiares aceptamos el desafío que los actuales adelantos y problemáticas plantean, así como también reconocemos la necesidad de nuevas formulaciones, entendiendo al ser humano, en el entrecruzamiento de su historia singular con la historia social, que lo trasciende.

La familia, que ya se despojara históricamente de múltiples funciones asumidas por otras instituciones, hoy va cediendo parte de su prevalencia, se diluye con la intervención de lo público cada vez más presente. Esto se hace particularmente notable en las grandes ciudades, con el auge de las escuelas infantiles, la pertenencia del niño a múltiples grupos extra-familiares, los extensos horarios escolares y la incidencia insoslayable de los medios y el mundo digital.

Paulatinamente, se fue diferenciando genitor y padre, genitora y madre. Tener un niño no los hace automáticamente padres. En la medida que los proyectos familiares fueron conducidos por las relaciones afectivas, el afecto pasa a ser el paradigma de la parentalidad, haya o no vínculo biológico. Por su parte los aportes de la ingeniería genética permiten que un infante tenga cinco o seis genitores: dos donantes de gametos, dos padres adoptivos, una madre genitora, (vientre subrogante) y la posibilidad que haya un sexto por eventual modificación genética. Lo que permite describir la desbiologización de la parentalidad, para posteriormente des-sexualizar y desbiologizar las funciones familiares. Arantes considera que las nuevas configuraciones familiares vienen a «borrar la diferencia entre los sexos y conservar únicamente la diferencia entre generaciones» (Arantes, 2014, p. 125). Las funciones parentales sufren modificaciones, son diferentes y sin jerarquizaciones, abriendo así la puerta a la homoparentalidad y la multiparentalidad.

A partir de la donación de gametos, embriones y gestación subrogada, nos enfrentamos en la clínica con nuevos modos de engendramiento, a la desbiologización de las funciones parentales, cuyas nuevas formas de subjetividad se van explorando.

Se hace necesario preguntarnos cómo juegan en los padres las fantasías de omnipotencia, partenogénesis y eternidad. Cómo se construye el psiquismo de ese nuevo sujeto. Podríamos decir que estamos frente a "familias sin fronteras"

Nos constituimos como sujetos en una sociedad determinada y nuestros deseos e ideales van a estar modelados por los valores de esa sociedad.

Los aportes de la ingeniería genética, en el presente inauguran otros modos de construir subjetividades sobre nuevos escenarios vinculares familiares. A la vez, como psicólogos sabemos que hay una historia personal que se entrama con la historia social que marca y que lleva a que cada sujeto vaya organizando su propia constitución.

En este paisaje también emergen nuevas formas que toman la sexualidad y el género en el marco de la imbricación de los legados familiares, las marcas que las vivencias dejaron en ellos y la sociedad en la que viven. El simple hecho de no llevar al niño en su vientre deriva en una modificación de la imagen de género y en un reordenamiento de las relaciones entre hombres y mujeres. El hijo deberá integrar su concepción artificial y posiblemente su engendramiento guiado por el deseo de "ser madre" y no "deseo de hijo".

En tanto terapeutas -testigos, que como dice Puget para poder ayudarlos se requiere una escucha atenta, lo que no implica ser imparcial.

Líneas conceptuales psicoanalíticas

Rescatamos de los escritos llamados sociales, que para S. Freud (1913, 1921, 1927, 1930) el parentesco, como sabemos, es una consecuencia de la prohibición del incesto, ya que es necesario registrar los vínculos de filiación y consanguíneos para identificar las uniones permitidas y diferenciarlas de las prohibidas. Estas relaciones específicamente humanas se convierten en soporte de obligaciones o derechos, y determinan la identidad social de los individuos.

La lectura que S. Ferenczi (1933-1988) había hecho del texto *Psicología de las masas y análisis del yo*, de Freud, subraya la idea. Recordemos, como lo proponen varios especialistas, que fue Ferenczi, quien adelantó el concepto de "psique del grupo", (Bauleo, 2005).

Aulagnier (1966,1977), al hablar de contrato narcisista, trata la filiación con una perspectiva enriquecida del propio Freud cuando se refiere al desvalimiento del cachorro humano al nacer. Con esta idea ella sostiene que todo sujeto viene al mundo de la sociedad y de la sucesión generacional, con la misión de garantizar la continuidad del grupo al cual pertenece y resguardar la del grupo

parental. En contrapartida, el grupo familiar debe investir libidinalmente al nuevo individuo.

Psiquismos constituidos –adultos– ponen en juego sexualidad, saber y poder para la construcción de la subjetividad. Ofrecen amparo y amor, pero también su propio mundo representacional, su posibilidad responsable no sólo de contener sino de prohibir, de frustrar, controlar y postergar los impulsos.

¿Qué lugar le van a dar al discurso parental y al discurso del campo social, cuando ambos operan como matrices de referencias identificatorias que participan en la construcción de la identidad de un nuevo sujeto? ¿Se inauguran así parentescos naturales y parentescos artificiales?

Cuando intervenimos con familias desde el psicoanálisis es porque suponemos que el padecer que motiva esa consulta está fundamentalmente vinculado al suceder psíquico que se desprende del funcionamiento intersubjetivo dentro del contexto familiar

El deseo de hijo y las nuevas tecnologías médicas

Al mismo tiempo que se difunden estadísticas que demuestran que hay parejas que no desean tener hijos y aunque la vida sin hijos es más aceptable socialmente; el deseo de tener hijos sigue estando presente; y la incapacidad para tenerlos genera una profunda decepción.

Si bien siempre estuvo presente la posibilidad de la adopción, el hecho de no compartir los genes, ha llevado a que especialistas en ingeniería genética facilitaran el acceso a quienes necesitan asistencia para la reproducción, desarrollando técnicas que comenzaron con el nacimiento del “bebé-probeta” por medio de la FIV para superar la infertilidad hasta la posibilidad de “bebés de diseño”, entremezclándose las necesidades reproductivas/terapéuticas y las aspiraciones narcisísticas de los padres, que pueden transformar a un hijo en un accesorio de moda.

Esta nueva puerta que abre la ciencia ante la esterilidad, ha generado el impacto, asombro y extrañeza de lo nuevo que irrumpe. Y también nuevos interrogantes frente a aquellos aspectos que no conocemos y las posibles marcas en la subjetividad del hijo.

Cuando la biología interpone un obstáculo, la reproducción asistida puede quedar legitimada por el deseo de ser padres, pero también puede convertirse en una industria que gestiona filiación humana.

Para despejar estas posibilidades necesitamos preguntarnos: ¿el hijo es un proyecto de la pareja?; ¿es una exigencia social; “¿debo tener un hijo”?; ¿el deseo de tener un hijo es a cualquier precio?; ¿la infertilidad es de ambos? ¿Es de uno de ellos?

No se nos escapa que la sobrevaloración de la herencia genética está arraigada profundamente en el narcisismo, que supone el deseo de reproducirse hasta un: “cueste lo que cueste”. La imposibilidad de tener hijos genéticamente propios constituye una situación traumática.

El modo en que los padres pueden elaborar este duelo, afectará en mayor o menor medida en las funciones paternas y cómo el niño se irá organizando internamente. Si la infertilidad es de uno, cómo enfrenta el otro la infertilidad de su pareja, si entran en juego reproches y menosprecios, y cómo esta imagen degradada puede llegar al hijo.

Si la infertilidad es del padre, cómo pudo elaborarlo la madre, cómo juega la omnipotencia ante las opciones que brinda la ciencia, ya que estas madres, es posible que se consideren superiores a las madres biológicas porque entregan su cuerpo para que la fecundación se produzca excluyendo las relaciones sexuales, entrando también en juego la fantasía de la partenogénesis, pues el padre es un “inútil”, es azoospermico y “el hijo es mío... para eso me expuse a tantos sacrificios”. La función paterna puede quedar sustituida por el médico, quién si fue “capaz de proporcionarle un hijo”, fue capaz de hacerla madre.

Sabemos que la infertilidad del hombre es angustiosa, no sólo por la imposibilidad de engendrar hijos genéticamente propios, sino porque la infertilidad suele estar asociada a disfunción sexual y por tanto a su virilidad. El Dr. M. Brassesco, director del centro de Infertilidad y Reproducción Humana de Barcelona (CIRH), afirma que la depresión que le produce al hombre la infertilidad es comparable a cuando se les transmite un diagnóstico de cáncer. Si no se les otorga un espacio para la reflexión, antes de tomar la decisión de apelar a la donación de espermatozoides, se obtura la escucha, el que pueda hacer su duelo replantearse su paternidad, su rol. Fue un “trago duro, doloroso” manifestó un padre ante esta situación.

Ante el interrogante acerca de qué derivaciones puede implicar la donación de gametos en la parentalidad, necesitamos señalar que:

- 1) Requiere hacer el duelo por la infertilidad de uno o de ambos padres
- 2) Elaborar la vivencia de extrañeza porque su descendencia no tendrá su carga genética.
- 3) Es posible que al mismo tiempo que sienta gratitud hacia el donante, puede sentir envidia y rivalidad
- 4) Se plantea una ruptura en la cadena identificatoria intergeneracional
- 5) La presencia del hijo puede evidenciar su infertilidad
- 6) Es posible que se instale un vínculo simbiótico con el padre/madre aportante y conflictivo con el padre no aportante
- 7) Puede dar lugar a una actitud de rechazo por el entorno familiar

Por ello, una de las premisas a tener en cuenta con estos nuevos fenómenos, como hemos visto, es la disociación entre fecundación y sexualidad, así como entre filiación genética y filiación legal. Son escenarios que hasta pueden rozar lo siniestro, en las demandas de hijo con predominio narcisista.

La infertilidad implica aspectos inconscientes y de funcionamiento mental, que deberán ser tenidos en cuenta a la hora de escuchar todas las demandas, ya que el deseo manifiesto y consciente de un hijo o de un no-hijo, poco dice en sí mismo de los determinantes inconscientes que lo sostienen.

La escucha de la demanda de hijo es esperable que pueda darse en el discurso particular de cada uno de los progenitores. Se pasará de la demanda al deseo solo a través de la posibilidad de historizar y saber acerca de lo inconsciente. Al decir de Aulagnier (1977): “El sujeto hará un itinerario que correrá parejo al conocimiento que él pueda adquirir sobre el enigma de las formas y del rostro que para él cobra el deseo”.

Recordemos el tabú del incesto como intermediario entre naturaleza y cultura, regla que implica la entrada del sujeto en el simbolismo y ordena las diferencias entre los sexos y las generaciones, entre las relaciones del deseo y las prohibiciones en los intercambios culturales. Cualquiera de los cambios en los modelos vinculares, puede transcurrir sin quebrar, sin transgredir dicha regla.

El dejar de lado todos estos aspectos internos no puede sino acabar siendo fuente de problemas y de conflictos, sobre todo cuando se propone y se emprende un programa de procreación asistida o un proceso de adopción.

Es decir que mediante estas opciones de la tecnología médica se hacen posibles formas de paternidad y maternidad que hasta ahora parecían inimaginables. ¿Qué sucede cuando estas situaciones son habladas o cuando permanecen en secreto? Hay que señalar algunos aspectos que, no dejan de plantearnos incertidumbres en torno a ciertos cambios sobre cómo se asume la revelación del origen. Hemos verificado un pasaje desde la tendencia a guardar el secreto sobre el origen de los hijos a la divulgación e incluso exhibición de las nuevas parentalidades. Esto supone el peligro de magnificar e idealizar las diferencias del niño pero también de la propia diferencia como padres en relación a otros progenitores. Poder asumir las diferencias, las interacciones e identificaciones y la apertura de ese espacio que dará lugar al intercambio verdadero, en el que los vínculos familiares recíprocos se van estableciendo, sentará las bases de los sentimientos de filiación, vínculos cuya solidez y autenticidad se pondrán a prueba durante y después de la adolescencia

El quehacer clínico

1) Con niños

Aportaremos una viñeta clínica para ejemplificar las transformaciones actuales de nuestra sociedad. Esta viñeta habla *sobre las construcciones mentales de una niña* y plantea un relato de los modelos maternos y paternos. Nos da cuenta también acerca de las teorías de la *sexualidad infantil*. Hablaré de S.

Los padres de S., de casi 5 años, traen a la niña porque ha sufrido ataques de fobias que se sucedieron tras una separación de varios días de su padre. Dicen que nació de fertilización in vitro, una parentalidad separada de la sexualidad, después de numerosas tentativas infructuosas. El padre, sin ser preguntado, confirma que es suya la culpa. El embarazo transcurrió en tensión, y además él tuvo que ausentarse en diversas ocasiones.

En la tercera entrevista con la niña los ataques habían desaparecido y llegaron las vacaciones de verano; la terapeuta volvió a verla al reiniciar la terapia luego de las vacaciones estivales, con los ataques en pleno apogeo. S. demandó visitar "la casa de la señora con juguetes" y por ello, comienza su terapia. Podemos pensar que S. ya había trasladado en la transferencia analítica la situación conflictiva con el padre ante la ausencia-separación.

La niña construye una historia, jugando con pequeños animales: los padres son los que hacen los niños y los sacan tirando de su cabeza. S. dice: el papá hace al niño y el niño hace a la mamá. La terapeuta se queda pensando en este relato.

Días después, en una entrevista con la pareja, el padre comenta que su hija fue concebida por donación de esperma y que están pensando en hacer un nuevo intento, porque consideran que deben darle un hermano a su hija. ¿Deben?, les pregunta la terapeuta, y ellos comentan eludiendo mi pregunta, que le han explicado a la niña que hay un médico que piensa con la cabeza cómo se “fabrica” un bebé.

En una sesión, S. dibuja un globo muy inflado que tiene un sombrero muy particular, dice que es la cabeza, luego una tirita que tapa, según sus palabras un hueco, después, con un embudo que ha hecho de papel, introduce unos pequeños objetos. La niña dice qué está jugando y responde “al doctor... de los niños, luego van a salir niños”.

Podemos pensar que los padres han inducido este material de la explicación de las teorías del nacimiento de los niños, con una representación en la figura del médico. La idea que aparece es que el padre de S. se siente mal por no ser suyo el esperma. ¿Y el sombrero?, le pregunta la analista, y me responde, que el señor ayuda a los padres a buscar a los niños. El padre y la madre de esta escena primaria hacen conexión en la mente de S., con un tercero vinculante. En ella aparece no uno, sino un dúo de padres, un médico y el propio padre que están ahí para “hacer una madre”. A la madre hay que hacerla, como dice Freud.

Sigue el diálogo con S. La niña dice: “Contigo juego a esto y lo dibujo”. La terapeuta le responde que parece que tiene dudas sobre cómo se hacen los niños y cómo nacen, y agrega: “¿Te parece que podemos entender qué es lo que te está pasando con el interés de que mamá y papá se preparan para tener un hijo, un hermanito o hermanita? Y la niña dice “Pues sí. ¿Pero cuando sea mayor me pasará lo mismo, qué para ser mamá me abrirán, me entrarán los doctores y papá por la tripita, o mejor, seré una doctora como tú y los señores?”. Esta escena me recuerda al personaje del lobo feroz-padre cuando lo destripan, pues se ha creado una fantasía infantil de la escena primaria.

Recordamos que en el caso de los padres de S., el embarazo se logra a partir de material genético ajeno a la pareja, lo que invita a reflexionar acerca de lo siniestro o lo idealizado que puede resultar, y también sobre el tercero que queda excluido en la pareja. Me pregunto además si los protagonistas tienen una comprensión real de aquello que están realizando movidos por la necesidad de dar vida, la pasión de hijo (J. Kristeva, 1997) o por el deber de tener hijos, en este caso un hermano para S., según manifestaron sus padres.

En el libro *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones* (1985), H. Faimberg propone un concepto, “el telescopaje”, y lo plantea como un “tipo especial de identificación inconsciente *alienante* que condensa tres generaciones y que se revela en la transferencia”. Esto no está en relación con lo dolorosas que

hayan sido las vivencias habidas. La autora afirma: “En la trasmisión alienante *los padres pierden la función de garantes*. El hijo queda sujeto a lo que los padres dicen o callan. Depende, para su propia supervivencia psíquica, de esta versión narcisista fundadora que es mantenida en silencio por los padres, perdiendo así el libre acceso a la interpretación de su propio psiquismo”.

Todos los avances abren posibilidades, se ven confrontados con nuevos enigmas a resolver, pero estas mejoras tendrían que estar a favor de la libertad de opción más que para ser usadas para negar o no asumir las propias faltas porque alimentar fantasías de autogestación partenogenéticas, de omnipotencia proyectada en el médico, o fantasías de eternidad mediante embriones congelados revertirán negativamente en la siguiente generación.

2) Con adolescentes

Siendo la adolescencia una etapa de reintegración, elaboración y redefinición de su identidad, quienes provienen de reproducción asistida pueden tener la carga extra de haber sido “tan deseados” por lo que una devaluación de las figuras parentales, pueden ser sean asumidas como una ingratitud de parte del hijo.

Si fue engendrado por donación de gametos, en ese proceso de redefinición de su identidad deberá integrar su doble filiación y doble origen; lo que también dependerá en cómo los padres han elaborado y transmitido su historia. Y si su engendramiento fue por vientre subrogado, y que puede que tenga tres madres: la biológica, la gestante y la social; en el proceso necesitará integrar lo traumático de su origen ante preguntas como: deseo de la madre biológica, sentido de haberla traído al mundo, huellas sensoriales del vínculo prenatal y posterior separación, no sólo por la cesura sino también por el pasaje de la madre gestante a la llamada “madre social”. Por otra parte, en nuestro país legalmente, la gestación subrogada se admite siempre que la madre gestante sea familiar, por lo que el hijo tendrá un doble vínculo: madre-abuela; madre-tía; madre-hermana, donde entrarán en juego también fantasías incestuosas.

Caso clínico

Un adolescente, que llamaremos (C.), producto de la fertilización asistida y esperma donado no identificado, es traído a la consulta por su madre porque “sospecha que el padre lo abusa”.

Los padres luego de un largo peregrinar por diferentes tratamientos, acuden a la FIV con la esperanza de una fecundación exitosa.

A la madre le extraen óvulos, al mismo tiempo que le diagnostican la azoospermia del padre. No hay margen para pensar, “ahora es el momento”, dice el médico. La madre toma la decisión de que se fecunde con espermia de donante, no deja lugar para que el padre pueda elaborar la herida narcisística que le implica este diagnóstico.

La madre elige a su hermana como madrina “para que se haga cargo de él si yo me muero”. Como si el padre no existiera.

La madre decide revelar el origen sin acordar con el padre; hecho que generó reacción en el padre por haberlo excluido sobre un tema que lo involucraba.

C, se presenta como “medio adoptado” y en ese sentido se sentía “diferente a los demás”.

Los padres se divorcian y la madre decide mudarse con su hijo a otro país. Esto le permitió considerar a su hijo como su patrimonio genético y genealógico; bajo el argumento de que el padre legal, no era el padre biológico ni tenía superada su infertilidad. El rol del padre debía limitarse a ser un proveedor económico y evitarse todo contacto posible. Hecho que tuvo un efecto paradójico: a más exigencia económica de parte de la madre, más exigencia de contacto.

Esta búsqueda de acercamiento de parte del padre es resignificado por el hijo. que desea “ser mirado por su padre”, mientras se acrecienta la relación conflictiva con su madre. Todo ello genera reacciones violentas en la madre, que busca apropiarse del hijo, con el argumento que se trata de un hombre abusador, aunque no tenga indicadores de ello.

La FIV y la donación de gametos permiten la maternidad biológica y la paternidad simbólica; pero cuando las fallas narcisísticas de los padres no fueron elaboradas previamente, es posible que conviertan al hijo en un objeto de necesidad, no de deseo y por tanto vivido como una extensión de ellos o de uno de ellos, cuyas repercusiones más severas pueden emerger en la adolescencia. P. Aulagnier destacaba: “... toda acción ejercida sobre la escena de la realidad que se aproxime demasiado a una representación fantasmática reprimida, ejercerá con respecto a esta última, un poder de imantación. La removilización de esa fantasía en un cierto tipo de procreación puede hacer que a la madre le resulte muy difícil no proyectar al bebé al lugar de un objeto autoengendrado por la omnipotencia del propio deseo...”

3) Con familias monoparentales

El planteamiento de la monoparentalidad surge de la observación y reflexión de la experiencia con mujeres que encaran la maternidad sin pareja, las llamadas familias monoparentales. El sector abordado como objeto, no son las familias que se convierten en uniparentales por separaciones, ausencia o muerte de uno de los padres, sino las que por deseo y elección se inician de este modo no solo desde la adopción. En este sentido, abordaré los casos de familias uniparentales y adoptiva.

Los modelos uniparentales adoptivos más frecuentes hasta hoy nos plantean características peculiares; por lo general son mujeres de mediana edad que se aproximan a concretar el deseo de criar un hijo, con cantidad de interrogantes, y diversos sentimientos de incomodidad y pudor que parecerían surgir de una situación no adecuada, no aceptada o como impropia desde lo subjetivo y lo social. Esta situación podría condensarse en esta formulación: ¿es pertinente, tiene derecho una mujer sola a adoptar un niño y no otorgarle un padre? Cuando una mujer desea un hijo sin un hombre, desde una perspectiva profesional solemos preguntarnos: ¿cuál es la necesidad del otro? ¿es omnipotencia y por tanto un fuerte componente de narcisismo que desconoce la incompletitud? ¿en qué lugar se coloca al niño? ¿en el lugar de un objeto erótico ante la soledad, que supuestamente se encuentra? ¿Producirá esto sufrimiento y patología en el niño?

No estamos frente a una familia con dos más uno igual a tres, y de ese modo asegurada la función paterna ni en un arriesgado uno más uno que dé como resultado la familia especular o sumatorias de padres y madres e hijos que se multiplican creando subgrupos del primer matrimonio, segundo o tercero y a las que se ha dado en llamar “familias ensambladas”.

En la perspectiva de las familias monoparentales asumidas por mujeres, éstas tienen que hacerse cargo de la realización de un mandato social preciso para el papel de la mujer que comprende la maternidad como proyecto valorado y sublime, ser madre como la realización femenina principal y contener, cuidar, sostener afectivamente a otro ser humano. Esta realización queda condicionada porque no corresponde a lo indicado para lo femenino, ya que desarrollar habilidades reconocidas como propias del rol masculino. En la realización de ese mandato tampoco se contempla como propia de la mujer la promoción de la ruptura de la tentación a la simbiosis entre sí misma y el niño.

Creemos que deberíamos plantearnos desde qué indicadores pensar la constitución de estas maternidades, cuáles son los prejuicios, ideologías y

valoraciones que se ponen en juego, para propiciar o desestimar este proyecto de familia monoparental.

Situación distinta es la que se presenta en algunos sectores de la sociedad, con la parentalidad adolescente. Generalmente estamos frente a una parentalidad prematura y no deseada de una pareja con precaria ligadura afectiva, cuyos miembros provienen de hogares vulnerables. Ya demostrado por numerosas investigaciones como la de Belsky (1984) que concluyó que: “Las adolescentes provenientes de familias de bajos recursos, lazos familiares inestables y poco contenedoras podría acelerar la actividad sexual e inclinaría a una sucesión de parejas inestables”. Bartholomew, K y Horwitz, L (1991) señalan que: “La parentalidad temprana puede funcionar como una vía de compensación de sentimientos de inadecuación y soledad”. Sobre una muestra de 175 adolescentes el 74,35% de los adolescentes que presentaron baja autoestima, ya eran padres. Asimismo, en sus investigaciones. Herrenkohl et al. (1998) comprobó una alta correlación entre el maltrato en la infancia y la parentalidad adolescente (47%). Dichos resultados fueron corroborados por Baeza y otros (2004)

Los frágiles lazos como pareja de estos adolescentes-padres, que generalmente provienen de hogares disfuncionales lo que implica un débil o ausente sostén emocional y en condiciones de vulnerabilidad social; tienen como consecuencia un maternaje uniparental carenciado. Situación que, si bien hay escuelas inclusivas, deriva en la deserción escolar de las madres y por lo mismo tienen acceso a un trabajo poco calificado y remunerado; y a veces sin un entorno que les ayude en el cuidado y crianza de los hijos y/ o expuestos a situaciones de maltrato.

En sus intentos de establecer otras uniones conyugales, se reitera su precariedad y se suceden nuevos fracasos de uniones que engendran hijos, quizás con la fantasía que consolidará la unión conyugal. De este modo se configura otra modalidad de familia, una familia ensamblada monoparental: una madre junto a hijos de distintos padres, con distintos apellidos o con apellido de la madre.

Vínculos homoparentales conforman grupos de crianzas

La homosexualidad a lo largo de la historia en Occidente constituye la primera forma de ejercicio de la sexualidad humana disociada de la reproducción.

La posibilidad de la adopción por homosexuales fue uno de ellos. Leticia Gloser Fiorini (2007) plantea que no se debería hablar de homosexualidad en

bloque. Sostiene que «desde los actos homosexuales ocasionales, pasando por las homosexualidades en las neurosis, hasta las homosexualidades en estructuras clínicas perversas y psicóticas, se despliega una gran heterogeneidad».

Hay parejas homosexuales que tratan de reproducir puntualmente las relaciones de las parejas heterosexuales tradicionales, por ejemplo, respecto de la división sexual del trabajo, mientras otras plantean innovaciones, en el sentido de una mayor simetría en sus relaciones de poder, y de los vínculos afectivos o económicos.

La familia homosexual, específicamente, podría configurarse también mediante el sistema de *coparentalidad*, en el que gays y lesbianas que viven solos o en pareja se ponen de acuerdo para tener un hijo que se criará entre las dos unidades familiares, la primera exclusivamente femenina y la otra, exclusivamente masculina, y en la que la pareja parental y conyugal no coinciden nunca.

La familia homosexual puede constituirse con, de hombres con hijo varón; de hombres con hija; de mujeres con hijo varón; de mujeres con hija; y también cualquiera de esas combinaciones con varios hermanos, es decir familias de niños y niñas.

¿Son equivalentes estos grupos familiares? es decir, ¿es lo mismo para una niña que para un niño, tener “dos madres”? ¿y “dos padres”?

Se parte de considerar el *parentesco* como lo que remite a una posición en la estructura familiar: la del padre, la de la madre, etc.; la *parentalidad*, es, por su parte, lo que corresponde al ejercicio de la función intrínseca a la posición de parentesco: la función de criar, educar... y de estas funciones pueden encargarse tanto los padres como otras personas.

En lo que refiere particularmente a la adopción, como sabemos, sufre dificultades específicas y el niño/a adoptado viene lastrado con un “agujero en su identidad” que los nuevos padres han de procurar llenar de elementos organizadores que permitan al niño/a adquirir o recomponer una identidad dañada, quizás fundamentalmente en lo que se refiere al vínculo con lo social, esto es, el que le hace preguntarse por su pertenencia ¿a qué padres pertenezco? ¿cuál es mi familia, mi grupo?

Las sexualidades permitidas y prohibidas dentro de la familia responden a la construcción de la subjetividad dentro de la red vincular familiar, de acuerdo con los vínculos de identificación temprana, y también con las políticas sexuales de cada momento histórico social, que afectan la producción de significados otorgados a las diversas modalidades sexuales. Los conflictos así generados habrán de encontrar sus modos de resolución, simultáneamente, dentro de esos contextos familiares, histórico, sociales, etcétera.

La complejidad clínica en los modelos de las nuevas familias

El abordaje del trabajo con las familias en la clínica será íntimo y procurará retejer lo intersubjetivo y crear nuevos espacios de interacción intrafamiliar cuando la trama relacional existente esté bloqueada por injerencias narcisistas de los padres en la aprehensión del niño o el adolescente miembro del grupo familiar que acuda a consulta. El terapeuta familiar ofrecerá otra mirada adulta a los psiquismos en constitución.

En efecto, la intimidad en constitución requiere psiquismos adultos constituidos, una tolerancia y aceptación del despliegue de esa intimidad subjetivada, la del hijo, que se manifestará ante ellos con su necesaria dosis de secreto y de enigma, o sea de alteridad. Esa intimidad subjetivada está en relación directa con la identidad narcisista de las parentalidades; es por ello que su solidez narcisista será retada por lo nuevo o desconocido del hijo.

Los síntomas del sufrimiento familiar pueden ser vistos desde diferentes ángulos. Algunos de ellos son los siguientes:

- Haberse fraguado en el más allá de la generación parental, en otra generación de cuya alienación ellos son víctimas. En estos casos estaríamos en la clínica de los vínculos transgeneracionales.
- Surgir de fantasías no resueltas de la sexualidad infantil parental. En estos casos, el hijo/hija será el depositario de un objeto significativo que pertenece a otro escenario, otro tiempo. La alienación se dará por la irrupción de la dinámica pulsional interactiva del entonces, es decir la compulsión a la repetición.
- También puede activarse una dinámica de deseo de completitud hacia el hijo bajo una demanda de realización fálica desde uno o ambos de la pareja parental.
- Las interferencias pueden activarse también para delegar en el hijo la sostenibilidad de una pareja que por sí sola no mantiene una dinámica en función de parentalidad. En estos casos el vínculo de alianza entre las parentalidades está deteriorado y no cumple esa función.
- Las situaciones que pueden darse son infinitas, pero todas ellas requieren un trabajo de alteridad e intervenciones del terapeuta que permitan restablecer las diferencias generacionales, transgeneracionales, sexuales e intersubjetivas.

A manera de conclusión

Hemos intentado expresar la posibilidad de producir y preguntarse sobre el anudamiento del deseo del proyecto y la fantasía parental, con el conjunto de los lugares de la estructura familiar, la que a su vez está anudada al sistema de parentesco de un determinado medio social. (A. Monserrat, 2001).

Las dinámicas de las familias se vuelcan hacia algo, que creemos que es necesario contextualizar, y es lo que se visualiza en la modalidad vincular de la horizontalidad, que no es lo mismo que proximidad o cercanía. En realidad, actualmente lo que prima en las familias es lo fusional. En estas organizaciones debe haber un modo vincular que articule los procesos de las experiencias con la diferenciación donde se pueda regular la omnipotencia y se organice la realidad de una manera creativa, es decir de una manera no patológica.

Calificar un modelo familiar en detrimento de otro, o plantearnos que da “lo mismo”, sería no discriminador, tendiendo a negar las diferencias. Estos modelos exigen la posibilidad de pensar la inclusión de abordajes y estrategias de otros modos de organización vincular, para recibir orientación que contemple lo nuevo de esos objetos, que requieren nuevos sujetos de esa identidad familiar.

Los psicólogos y psicoanalistas nos encontramos abocados a develar las apuestas inconscientes de estas consultas y a interrogar el punto del imaginario social donde se nutren las fantasías relativas a la filiación con las creencias que intervienen en la concepción de los valores de la relación amorosa de los seres humanos.

Referencias Bibliográficas

- Arantes, Urias (2014). A agonía de Édipo: Notas de lectura sobre pais e parentalidade. *Ide*, 37(58), 123-131. Citado por Montagna P. *Parentalidad socio-afectiva y familias actuales* (2016). Recuperado en: https://doi.org/10.18800/derecho_pucp_201602.010, el 26/11/18
- Aulagnier, P. (2017), Qué deseo, de qué hijo, en *Revista de psicoterapia y psicósomática*, Año XXXVII N° 95, Madrid
- Aulagnier, P.: (1977) *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Baeza, B.; Póo, A.; Velásquez, P.; Muñoz, S. y Vallejos, C. (2007). Identificación de Factores de Riesgo y Factores Protectores del Embarazo en Adolescentes de la Novena Región. *Rev. Chilena de Obstetricia y Ginecología*. Vol.72. No.2. pp. 76 – 81. Chile Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-75262007000200002>
- Bartholomew, K. y Horowitz, L (1991). Attachment styles among young adults: A test of a four-category model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, págs. 218-227.

- Bauleo, A.: (1997) *Psicoanálisis y Grupalidad. Clínica de los nuevos objetos*. Buenos Aires, Paidós.
- Brassesco, M., (2011) *Manual de Andrología*. Sociedad Española de fertilidad. Recuperado de: <http://www.sefertilidad.net/docs/grupos/andro/manual.pdf>
- Belsky, J. (1984). The determinants of parenting: A process model. *Child Development*, 55, págs. 83-96
- Coontz, 2004, *Parentalidades y cambios familiares: enfoques teóricos y prácticos*, 2014. p.21
- Faimberg, H.: (1985) *La transmisión psíquica entre las generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Ferenczi, S.: (1984) *Psicoanálisis*, Madrid, Espasa-Calpe, Tomos III y IV.
- Freud, S.: (1912) *Tótem y tabú*, Buenos Aires, Amorrortu, Vol. 13.
- Freud, S.: (1919) *Lo ominoso*, Buenos Aires, Amorrortu, Vol. 17.
- Freud, S.: (1920) *Psicología de las masas y análisis del yo*, Buenos Aires, Amorrortu, Vol. 18.
- Freud, S.: (1927) *El porvenir de una ilusión*, Buenos Aires, Amorrortu, Vol. 21.
- Freud, S.: (1930), *El malestar de la cultura*, Buenos Aires, Amorrortu, Vol. 21.
- Glocer Fiorini, L. (2001): *Lo femenino y el pensamiento complejo*, Buenos Aires, Lugar Editorial.
- Herrenkohl, E Herrenkohl, R. Eglof, B., y Russo, M. (1998) The relationship between early maltreatment and teenage parenthood. *Journal of Adolescence*, 21, págs 291-303
- Kristeva, J.: (1995) *Las nuevas enfermedades del alma*, Madrid, Cátedra.
- Lévy-Strauss, C. (1984), *La mirada distante*, Barcelona, Argos Vergara
- Machicado, J. (2012), *Apuntes Jurídicos*, Recuperado de: <https://jorgemachicado.blogspot.com/2012/01/am.htm>
- Monserrat, A.: (2005) Reflexiones sobre las familias, en *Psicoanálisis Operativo*, Buenos Aires, Atuel.
- Monserrat, A.: (2011) *El impacto de la diversidad en el modelo tradicional familiar*, conferencia inédita del ciclo del CACI de la APM.
- Rotemberg, E. y Agrest, B. comp. (2007) *Homoparentalidad. Nuevas familias*, Buenos Aires, Ed. Lugar
- Roudinesco, E. (2005), *La familia en desorden*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica
- Solis Ponton, Lebovici, & Lebovici, Serge. (2004). *La parentalidad: Desafío para el tercer milenio: Un homenaje internacional a Serge Lebovici*. México, D.F.: El Manual Moderno
- Winnicott, D. R.: (1971) *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*, Buenos Aires, Hormé.